

Radicalizar la idea de vínculo,
alabar la transmisión,
y refutar la soledad

Peter Sloterdijk

¿No hables con extraños?

Por *Estanislao Antelo*

Un gran chico (About a Boy), basada en una novela del exitoso escritor Inglés Nick Hornby¹, se entretiene con algunos matices del alma contemporánea en las grandes metrópolis. Con momentos notables, como la caricaturización del progresismo políticamente correcto encarnado en la manía de participar en alguna causa pro derechos humanos (en este caso se trata de Amnistía Internacional en la que Will -Hugh Grant- se inscribe como telefonista con el único y común propósito de conquistar mujeres), la película consigue sortear esa ambición de empalagar que en materia de amoríos y otros berretines, suele habitar los anodinos engendros del género. Los bienvenidos enredos dejan una enseñanza altamente provechosa en el terreno educativo: es posible emocionarse con los malos sentimientos, sobrevivir a las transformaciones en los modos que tienen los bípedos parlantes de juntarse y separarse, y aprender ciertas lecciones de los solos, cínicos y rufianes².

Un patético y soltero mujeriego, hipócrita, experto, mentiroso, atleta de la fuga y la fugacidad; un doceañero adorable y tarareador “punto” escolar todo terreno (con madre suicida y llorona, incluida); otra hermosa pero vital madre multicultural soltera con hijo insoportable, y un puñado de personajes perfectamente familiares, se empeñan en lidiar con el colapso de las políticas tradicionales de crianza, y con la emergencia de formas inéditas de atracción y rechazo entre seres humanos.

Un pato asesinado a causa del certero impacto de un artesanal y hippie pan-proyectil; un lamentable club de madres solteras cantantes (cuyo sorprendente hit reza: *Padres Solteros, Solos, Solidarios! Padres Solteros, Solos, Solidarios! Todos para uno y uno para todos!*); un villancico navideño impresentable pero que vale oro; cierto sincero desprecio adulto (rara vez considerado en su eficacia) hacia los niños insoportables; dosis relevantes de la mejor tecnología hogareña más *new age*, *rap* y Aretha Franklin, sirven como pretexto para unos raros encuentros nuevos. Como *Embriagado de amor* (Punch-

¹ Difícil de hallar y traducida al español como *Erase una vez un padre* (1998). Hornby escribió otras exitosas novelas adaptadas al cine: “Fever Pitch” (“Fiebre en las gradas”) y “High Fidelity” (“Alta fidelidad”).

² Sugiero ver *Bad Santa* (Un santa no tan santo), otra película en la que un hombre maduro se relaciona con un niño.

Drunk Love) o *Realmente amor* (Love Actually), *About a boy* es un breve y módico festival para los afectos.

Me gusta pensar que soy Ibiza

Para un liberal la dependencia es siempre un poco bochornosa y el *otro* (cualquier otro), una amenaza o estorbo. El monólogo inicial de Will (que no es cualquier Will sino un Will *Freeman*), sobre el fondo de un familiar programa televisivo de preguntas y respuestas, parece caber perfectamente en nuestra afirmación:

La tv lanza la pregunta:

- *¿Quién es el autor de la frase: "Ningún Hombre es una isla"?: John Dalton, John Milton, John F. Kennedy, John Bon Jovi...*³

Y Will responde:

- *John Bon Jovi, demasiado fácil. Y si me lo permiten decir, es un gran engaño. En mi opinión, todos los hombres son islas. Es más, ahora es el momento de ser una (...) Hace 100 años, por ejemplo, se tenía que depender de otras personas. Nadie tenía televisores, o cds, dvd, videos o máquinas de café expreso. La verdad, ellos no tenían nada de onda. En cambio ahora, como ven, pueden hacer de ustedes una pequeña isla paraíso. Con los equipamientos adecuados y lo más importante, con una buena actitud. Podemos tener un bronceado perfecto, tropical. Podemos ser un imán para jóvenes turistas suecas (...) Me gusta pensar que tal vez yo sea una de esas islas. Me gusta pensar que soy lo máximo. Me gusta pensar que soy Ibiza.*

La tentación de agrupar estos comportamientos bajo el archiconocido epíteto *individualismo contemporáneo*, es grande, tan grande como el tamaño de su insuficiencia. Ni la condena al satánico mercado, ni el rechazo de los egoísmos siempre actuales, ni la omnipresencia del consumo recubren lo que está teniendo lugar entre los hombres occidentales un poco urbanizados, cuando se trata de intercambiar sentimientos. Si la ingratitud de aquello que acontece se suspende momentáneamente, puede verse irrumpir en toda su magnitud, lo que ha sido llamado *individualización de la acción* (Ehrenberg: 1997). Es uno de los nombres del conjunto de consecuencias *inesperadas* provocadas por el declive de las sociedades tradicionales.

³ La frase, *No man is an island*, es del poeta inglés John Donne (1572-1631): **For whom the Bell Tolls**. From "Devotions upon Emergent Occasions" (1623), XVII: Nunc Lento Sonitu Dicunt, Morieris – (...) *No man is an island, entire of itself; every man is a piece of the continent, a part of the main...*

Que la acción no registre otro agente que el mentado *uno mismo*, afirma Ehrenberg, es lo que se destaca como un rasgo característico de la época, y Will Freeman sabe, como ningún otro, de qué se trata:

- *Will: La cosa más importante a tener en cuenta en la isla de la vida es ser nosotros mismos. Los directores de nuestras vidas. (...) ¿Yo? Yo no quería nada. Acerca de nada y de nadie (...) Y yo sé que eso me garantiza una larga vida libre de presiones.*

Richard Sennett y Zygmunt Bauman recientemente han intentado dar cuenta de las transformaciones que están teniendo lugar en las relaciones entre las personas. El primero, al mostrar diferentes posiciones alrededor de la dependencia y su conexión con la desigualdad, las formas corroídas del carácter y el estado precario del *respeto*. El segundo, al hipotetizar la *liquidación* de los vínculos sociales, las paradojas del supuesto culto a la conexión entre la gente, y las alteraciones en el estatuto del tiempo y el espacio con consecuencias visibles sobre la vida anímica y los comportamientos.

Se trata de transformaciones. Transformaciones en la confianza y en los límites; mudanzas que atañen tanto a la prohibición como a la transgresión. Entre el conjunto de cambios se acentúa el pasaje de una autoridad exterior -bajo la forma clásica del tribunal, partido, etc.- a una pura capacidad interior y reflexiva, soberana. Se trata de un mundo que no reconoce más tribunales externos. Un mundo liberado del peso agobiante de los *tu debes*. Un mundo a la vez más y menos libre. Un mundo donde el desplazamiento de la dupla prohibido-permitido deja su lugar a la *ampliación del campo de lo posible* y torna borrosa toda dimensión de límite. Un mundo en el que la transgresión (en tanto constatación de la eficacia de la ley) parece no tener más lugar y, por último, un mundo en el que el conflicto (inherente a toda relación) ha pasado a ocupar el lugar del obstáculo/déficit que requiere ser despejado o mediado.

Un sistema de convivencia entre humanos en donde todo puede ser posible y donde todos son extrañamente bípedos pudientes, competentes, capaces, y proclives a la iniciativa o a la motivación, es un mundo de deficitarios, incapaces, impotentes, deprimidos, inactivos, desautorizados. Este cosmos sin límites que ofusca a los conservadores y anima a los desinhibidos de todos los tiempos, ofrece una nueva versión y una nueva interpretación de la acción. Nadie parece preguntar, antes de actuar, por el deber, lo prohibido y lo permitido, la ley y/o la norma. En su sitio, los actos parecen obedecer un único mandato, el de la **capacidad** y la **competencia**.

Ehrenberg recuerda ciertos aspectos de la mudanza y sus consecuencias: del Freudiano conflicto entre el *debo* y el *quiero*, hemos pasado a la turbadora pregunta: *¿soy capaz?* Esta acción liberada del peso de las prohibiciones no sólo se encuentra pronto con sus reversos deficitarios sino que ofrece otra economía relacional: para medir una capacidad, no se precisa de otros.

Las formas del narcisismo contemporáneo parecen ser las conclusiones necesarias de prácticas que priorizan la intervención sobre sí: la autoestima, la autoayuda, la autofabricación y la alabanza desprejuiciada de la autonomía. Por un lado, los objetos se ofrecen como medicina relacional, sustitutos del prójimo. Los objetos ocupan un lugar relevante en la vida de la gente ya que, entre otras virtudes, no contestan. Como seguramente recordarán, *no todo se compra ni todo se vende*, según amplificaba el slogan de una película hipertaquillera que costó dos millones y medio de pesos y por la que pagaron una cifra no despreciable, más de 1.395.737 de espectadores. Quiero decir que sobran los signos en sentido inverso. Todo, casi todo, se vende y todo, casi todo, se compra. Hoy *comprar* es un verbo que cuesta diferenciar de *crear*.

Por otro lado, las sociedades que nos cobijan y dan forma, gustan llamarse de redes o de riesgos al mismo tiempo que ninguno de sus miembros parece sentirse a gusto en los enredos y los riesgos. El mismo Sennett nos recuerda la otra cara de la moneda de la sociedad de redes; el imperativo es *no te enredes* o, *sin historias*, como se escucha decir en el terreno amoroso. En tiempos donde proliferan las sustituciones y los desplazamientos continuos, también se sustituye la patología de la acción. Lentamente, dibujan un lugar, formas higiénicas, políticamente correctas y desafectadas que conviven con pasajes al acto, desenfrenos inéditos y violencias sin objeto. Pero también son las libertades, cuyas formas no acabamos de nombrar, las que se amplían.

Britney en la Isla del tesoro escolar

Marcus es el otro protagonista principal de la película. Los estudiantes más grandes y populares de la escuela de Marcus, le dicen Britney o Madonna. Cuando consigue estar con sus pocos y volátiles amigos, “los populares” acosadores profesionales, les dicen las Spice Girls. Los compañeros de escuela de Marcus no se distinguen demasiado de los nuestros. Marcus tiene miedo en la escuela. Sufre pero también ama. La escuela lo hace zozobrar pero lo protege del infierno materno. Marcus canta en clase. Lo que llama la atención es que aún cante, con esa madre impresentable y deprimida. Pero Marcus canta, hace el ridículo. Se ríen de él. Lo hostigan, lo persiguen, lo maltratan. Nada nuevo bajo el sol escolar. Es cierto que su vida, como él mismo dice, se ha vuelto una mierda: *Yo estaba teniendo una vida de mierda en casa y una vida de mierda en la escuela*. Pero hay algo en Marcus que se parece bastante a la libertad. Debería decirlo al revés: si la libertad se parece a algo, ese algo es Marcus.

Hasta aquí la película. ¿Qué acontece con nuestro asunto? Ocurre que los pedagogos un poco críticos nos hemos acostumbrado a describir el espacio escolar, utilizando artillería represiva: control, encierro, claustro, clausura, cuarentena, opresión, disciplina, retiro, depósito, galpón, reclusión, desierto, isla, estacionamiento, cuartel, internado. Identificando erróneamente encierro con totalitarismo, olvidamos que estos espacios (y las prácticas que se despliegan en su interior, en sus límites o en sus “afueras”) no tienen una relación *directa con el*

conjunto de los fines de la institución. Se puede controlar sin encerrar, encerrar sin reprimir, oprimir al aire libre, disfrutar de ciertos encierros, reírse en un cuartel, volverse revolucionario en un galpón, transformarse en un ser despreciable practicando *release* en los bosques de Palermo o escribir *El Capital* en un internado infernal. No siempre es posible hacer corresponder la voluntad de aislar un cuerpo con su encierro; tampoco es posible confundir el refugio con el arte de la regeneración o el enderezamiento. Mientras que otras variaciones escolares no necesariamente ruines y totalitarias son posibles, conviene señalar que definir la cosa escolar como un sitio puramente hostil es un pasatiempo fútil.

Bien cierto es que en una escuela se puede encontrar (o era posible encontrar) aislamiento, internación, refugio, asistencia y también coacción. Pero una escuela no es un cuartel, un manicomio o una cárcel. No lo es. Quizás sí sea para algunos, fortaleza, bunker, máquina de asistir y cuidar. Jacques Donzelot, Michel Foucault y Gilles Deleuze, cada uno a su manera, han mostrado los laberintos y obstáculos a la hora de estudiar la relación entre los espacios (cerrados pero también abiertos o por abrir) y las almas, la fabricación de almas. Y han mostrado con generosidad las transformaciones de cada uno de esos espacios con sus respectivos embates sobre los cuerpos y espíritus de sus moradores.

Si bien la reincidencia en el uso de la dupla encierro-represión (reiteramos: con frecuencia equívocamente emparentada con el dominio o directamente estigmatizada como el “Mal”) no agota la dimensión propia de *lo escolar*, el uso es indicado en uno de sus puntos en tanto la escuela hubo de inventarse de espaldas al presente, delimitando y separándose, en un mismo gesto, de un afuera casi siempre perturbador. Aislamiento⁴, refugio (en ocasiones bajo la forma del encierro, la separación y la coacción o en ocasiones religioso, redentor y moralizador) y escuela mantienen una affaire de larga data. Si todavía es posible meditar sobre la acción educativa con ese vocabulario hostil que la palabra encierro comanda, es a condición de no perder de vista la aguda observación del mismo Donzelot: *si todavía hoy se les encierra es para estimularlos por diferentes medios a mejorar su existencia* (Donzelot: 35).

Anacronismo y encierro, para todo nativo mayor de cuarenta años, son mojones escolares ineludibles. Hubo que esperar al declive de la función primordial e inicial de la Escuela (que como oportunamente señalaran Kant y Durkheim, no fue difundir conocimientos sino preceptos morales); hubo que esperar a que espacio cerrado, trabajo y moralización cedieran su energía a la formación de capacidades o competencias, para que la *hipótesis represiva* sobre

⁴ *El espacio cerrado extrae su fundamento y su coherencia de una doble valoración del aislamiento. La desviación es reconducida, en efecto, a dos niveles: uno que es pura exterioridad (el medio, la civilización), otro que es pura interioridad (elección moral). Para paliar los efectos nocivos del medio hay que efectuar un desplazamiento de los individuos para instalarlos en un espacio protegido del medio por la clausura. Y para actuar eficazmente sobre la moralidad del individuo, es preciso aislarlo previamente a fin de poder inculcarle preceptos de conducta sin que se vea perturbado por ninguna otra influencia* (Donzelot, 49).

el espacio escolar se haya tornado definitivamente insuficiente a la hora de describir lo que en una escuela pasa o deja de pasar. Es claro que si el objetivo es la pura transmisión de conocimientos o información, el aislamiento, la indiferencia hacia el presente, la disciplina y el arte múltiple de la coacción, son cuestiones obsoletas.

A pesar de esa evidencia, *una escuela de puertas abiertas* es un enunciado relativamente reciente que, más allá de la candidez que lo anima, rara vez ha sido examinado detenidamente. Por si hace falta recordar, la mayoría de las puertas de las escuelas tienen llave. Doble llave. Candados. Guardias. ¿Quién quiere efectivamente, una escuela que no se reserve el derecho de admisión? Mi intención es destacar aquello que **omite** la fascinación por describir los efectos nocivos (que podríamos resumir con el término agobio) de la maquinaria escolar, y que sucintamente podríamos caracterizar de la siguiente manera:

- Por un lado, la conexión entre la noción misma de límite y las ideas crecientemente robustas pero ubicuas de seguridad, refugio y protección⁵.

- Por el otro, el elocuente éxito civilizatorio de la escuela (hoy ninguneado), que hubo de radicar, básicamente, en su capacidad para regular las proximidades, dosificar los desprecios, y enseñar el arte de soportar a otros (praxis que en vano quiere hoy recubrir la insípida expresión *convivencia escolar*). Veamos más de cerca el asunto.

Límites y seguridad

Todo espacio se define (¿o se definía?) por sus límites. Es complicado disponer un espacio si no visualizamos su límite. Sabemos que es más difícil aún ver el límite de algo si no se consigue visualizar aquello que está más allá de ese límite. Aquello que está más allá del límite se distingue (debe distinguirse, si aspira a tener chance de ser un *afuera-más allá*) de lo que habita el adentro: no puede ser una diferencia más, hecha de la misma estofa (característica suficiente para integrarse al conjunto delimitado) sino la amenaza/negación misma del adentro.

La escuela se hizo fuerte en el momento en que identificó su afuera/peligro/amenaza de turno: la calle, la ignorancia, la cárcel. (¿Cuál es hoy el afuera escolar?). Se ha mostrado con lujo de detalles (tanto en la literatura como en el cine), buena parte de los miedos, debilidades, tormentos, vergüenzas, padecimientos, humillaciones y pudores del partido de los débiles en el interior de la máquina escolar, aparentemente gobernada (en sus intervalos de ley suspendida) por los fuertes y cruentos. Partido (el de los débiles escolares) integrado por aplicados aprendices cautos pero dúctiles en el arte de la

⁵ Exterminio (28 Days Later. Danny Boyle. 2002) Batman (Batman Begins. Christopher Nolan. 2005) y la Guerra de los mundos (War of the worlds. Spielberg. 2005) son tres películas generosas al respecto.

supervivencia, que acumulaban altas concentraciones de esperanza por ponerse al inmediato cobijo de la familia (sea del tipo que fuera), infinitamente más hospitalaria que la promiscuidad psíquica y física de la bien llamada, en este caso, escuela pública. Miles de escolares han contado cada minuto y cada segundo que separaba el tiempo escolar tormentoso de la seguridad familiar.

Pero rara vez se ha mostrado el paradójico desempeño de los fuertes y ruines escolares que, atormentados en las familias, atrapados por el afuera familiar, huían con sus fuerzas a probar suerte en la variopinta democracia escolar. Se olvida con frecuencia el valor de este *huir* de un tormento mayor que para muchos significó la calma escolarizada. Y se olvida que, en uno u otro caso, la escuela mostró algunos de los sentidos todavía circulantes del cuidado, la protección y la seguridad. La escuela también mostró más de una versión sobre la tramitación del **miedo** y la idea de salida o salvación. Con agobio, es cierto, pero pudiendo salir de un lugar para entrar en otros. Deleuze, examinando con su habitual perspicacia el apogeo a principios del siglo XX, de las sociedades disciplinarias, lo decía así: (...) *El individuo no deja de pasar de un espacio cerrado a otro, cada uno con sus leyes: primero la familia, después la escuela (acá ya no estás en tu casa), después la fábrica, de tanto en tanto el hospital, y eventualmente la prisión (...)* (Deleuze: 1990,18).

Marcus, como cada uno de nosotros, aprende a sobrevivir entre varios, en la máquina escolar. Will, que poco nos dice de su escuela, le acerca una solución de moda, hacerse invisible, no sobresalir, no distinguirse. Afirma lo siguiente:

Mi consejo es que intentes apartarte de los ojos de las personas, volverte invisible.

Marcus: ¿Cómo es posible volverme invisible? Las máquinas que tenés en la cocina ¿son máquinas invisibles? Creo que no!

Will: Podes no conseguir ser invisible, pero podemos mezclarte con la multitud.

Mezclarse con la multitud escolar. Ese sí que es un valor contemporáneo. Mientras tanto, hoy el trayecto hacia la escuela (trayecto del que cada vez ignoramos más su final) se ha vuelto motivo de control, vigilancia y seguridad. Una nueva práctica en expansión, fundamentalmente para los que no disponen de las bondades de la seguridad blindada o el privilegio del súbito escape y desplazamiento, desnuda sin reparo el sacudón que está teniendo lugar en el corazón de la conexión entre escuela y cuidado: **Escuelas seguras, senderos seguros**⁶ cuyo objetivo declarado es *construir y mantener un ambiente de seguridad y convivencia alrededor de las escuelas, en los caminos entre las*

⁶ Otro tanto con la prueba piloto *Corredor seguro de retorno a casa*.

http://www.buenosaires.gov.ar/areas/seguridad_justicia/seguridad_urbana/noticias/?modulo=ver&item_id=4963&contenido_id=182&idioma=es

*escuelas y los domicilios de los alumnos así como en los trayectos que recorren los chicos y los docentes hasta las paradas de colectivos*⁷.

Como si todos los hombres, de repente, fueran el hombre de la bolsa, el programa promete que cada escolar llegue a destino sin demasiada escaramuza. También la recientemente creada *guardia urbana* de la ciudad (de la que habría que extraer más de una enseñanza) utiliza para legitimarse la imagen de un niño extraviado en la periferia de la escuela misma. En ese sentido, si no existe un espacio sin afuera amenazante, no existe tampoco espacio sin su vigilante de turno, controlador de fronteras. Criticar la *seguridad* en paquete, no conduce a ninguna parte. Vincular educación a seguridad, es una tarea pendiente.

Los hombres de la bolsa, la escuela y el exceso

Si la seguridad es un concepto impuro (aquel que para formularse precisa incluir dentro de sí, como su complemento, como aquello que lo contamina, su opuesto exacto)⁸ no hay espacio seguro sin deambuladores, merodeadores, nómades, extraños: todos ellos figuras recientes de la inseguridad y tema privilegiado de la democracia desplegada en las reuniones de consorcio.

Porque un espacio suele además fundarse (¿como una comunidad?) en una voluntad de purificación y una mueca hospitalaria (en tanto alienta la permanencia con la promesa de la interacción). Pero una comunidad sin *otros*, es decir, sin otros **no** conocidos que la transformen en una tarea siempre por hacer y no en una cosa ya realizada, no es una comunidad sino, la *cosa nostra*. Veamos un descripción más precisa:

Esta relación con la Cosa, estructurada mediante las fantasías, es la que está en peligro cuando hacemos referencia a una amenaza a “nuestro estilo de vida” representada por el Otro: es lo que se ve amenazado cuando, por ejemplo, un inglés blanco entra en pánico por la creciente presencia de los “extranjeros”. Lo que quiere defender a cualquier precio no puede ser reducido a los así llamados valores fundamentales que sostienen la identidad nacional. La identidad nacional se sostiene, por definición, mediante una relación hacia la Nación qua Cosa (...) Esta Cosa-Nación está determinada por una serie de propiedades contradictorias. Para nosotros parece ser “nuestra Cosa” (tal vez se pueda decir cosa Nostra), como algo a lo que sólo nosotros tenemos acceso, como algo que “ellos” no pueden comprender; sin embargo es algo que “ellos” amenazan constantemente (Zizek:44).

El afuera perturbador, que alimentó la encerrona y el *fuera de tiempo* escolar, nació al calor de una sólida fusión de la forma misma del tiempo dislocado y la irrupción de una tribu siempre cambiante de alliens desquiciados: extraños, ociosos, súbitamente aparecidos o por aparecer.

⁷ http://www.buenosaires.gov.ar/areas/pla_prevenicion/senderos/?menu_id=5123

⁸ La idea es de Milner.

Para nuestro provecho, la función básica del miedo, en la cosa comunitaria, se vuelve nuevamente impotente. Dice bien Bauman (inventor, entre otras cosas, del concepto útil de *miedo ambiente*) que el otrora intimidador *no hables con extraños* (imperativo que un adulto depositaba sobre la humanidad débil de un niño y una forma elemental de valorar lo familiar) se ha convertido en un signo de *normalidad adulta*. Existía en ese tiempo (que ya no conseguimos percibir con claridad) el Hombre de la Bolsa, Jack el Destripador y algún compañerito vecino pendenciero, desinhibido consecuyente, dañino plenipotenciario. La escuela hubo de desempeñar su papel en la administración de la amenaza siempre renovada de la intrusión. Si una serie del tipo *Los invasores* podía ser infantilmente tolerada, es porque al día siguiente íbamos a la escuela, y cada día en apariencia familiar, escondía un enorme esfuerzo, una *tarea*, una habilidad inusitada en el arte de soportar, como hemos dicho, a otros.

Andi, un personaje de un cuento (Circuncisión) del escritor alemán Schlink abrumado por la diferencia a la que el amor irremediabilmente lo empuja, resume con claridad las fuerzas necesarias para dicha labor.

¿Sólo existe el blanco y el negro? ¿Sólo se puede ser hombre o mujer, niño o adulto? ¿Alemán o americano, cristiano o judío? ¿Será verdad que hablar no conduce a nada, porque, aunque te ayuda a entender a la otra persona, no te ayuda a soportarla, y lo que cuenta no es entender al otro, sino poder soportarlo? Y en cuanto a eso, ¿será cierto que sólo soportamos a los que son como nosotros? Por supuesto que somos capaces de aceptar las diferencias, es más, probablemente no podríamos vivir sin ellas. Pero ¿no será necesario mantenerlas dentro de unos límites? ¿Es deseable que a causa de nuestras diferencias nos cuestionemos radicalmente los unos a los otros? Apenas acabó de hacerse esas preguntas, se horrorizó. O sea que sólo soportamos a los que son como nosotros: ¿no es eso precisamente el racismo, el patriotismo o el fanatismo religioso? ¡Por supuesto que los niños y los adultos, los alemanes y los americanos, los cristianos y los judíos se soportan unos a los otros! Lo hacen en el mundo entero, o por lo menos donde el mundo funciona como debiera. Pero ¿no será que se soportan sólo porque uno de los dos renuncia a ser lo que es? ¿Por qué los niños se convierten en adultos o los alemanes se están volviendo americanos o los judíos de han vuelto cristianos?

Rara vez se sopesa el suceso escolar tomando como indicador de desempeño la tramitación de las ambivalentes posiciones frente a los otros. Se menosprecia el esfuerzo en que consiste soportar a los otros. La estrategia habitual de aniquilación o el exterminio del otro han sido, hasta hoy, ajenas a la escuela⁹. Interactuar con otros, sin atacarlos, es el resultado de una Educación. Compartir un espacio, administrar la proximidad, otro tanto.

⁹ Sugiero ver el magnífico film de Van Sant, Elephant.

El miedo urbano (el *miedo ambiente* actual) liga lo espacial a la seguridad. Lo doméstico da tranquilidad. El sedentario (el que poco se mueve) administra las proximidades. Si una ciudad es un *asentamiento humano en el que los extraños tienen chance de conocerse*, una escuela es un asentamiento humano donde esa chance se materializa como en ningún otro sitio. Me refiero a la escuela, la única, es decir pública, es decir aquella que propicia, de forma deliberada, el encuentro con extraños, es decir, el arte de la civilidad. La escuela privada, como su nombre lo indica, en la mayoría de los casos, está privada o priva *de* (a sus consumidores) la dosis de promiscuidad educativa básica que se precisa para encontrarse con otros. Por más vuelta que se le quiera dar, la seguridad privada es eso: privación, higiénica privación de patas cortas. Los que festejan el éxito irreprochable de los efectos que allí se producen en las almas estudiantinas, deberían festejar el éxito, también irreprochable, en el arte del desprecio. Otra dirección es la que toman Will y Marcus, advertidos del precio de la libertad y de la soledad.

Will: Fue todo culpa de Marcus, porque cuando se le abre la puerta a una persona. Cualquiera otra puede entrar.

Marcus: Todos los hombres son islas. Y yo creo en eso. Pero... hay algunos hombres que forman parte de un archipiélago. Abajo de la superficie del océano ellos, en verdad, están unidos

La escuela es (¿o era?), por definición, el sitio donde se aprende a administrar las consecuencias de ese encuentro con los otros.